AZORÍN: EL ESCRITOR Y LA CIRCUNSTANCIA

Concepción Galán Vicedo
Universitat de València

EL ESCRITOR...

YO NO SÉ ESCRIBIR... así comienza Azorín, bajo el seudónimo que consagraría definitivamente como escritor a José Martínez Ruíz, *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Es el año 1904, Antonio Azorín, trasunto literario del autor, había surgido ya como personaje literario en su novela *La voluntad* (1902), y reaparecerá para afianzar su realidad como tal en la novela de su nombre *Antonio Azorín (Pequeño libro en el que se habla de la vida de este peregrino señor)* (1903), "que tiene no poco de filósofo". Esta afirmación sobre la forma de ser del personaje, realizada por Martínez Ruiz en la dedicatoria del libro a su amigo Ricardo Baroja, sirve de enlace con la última novela de esta trilogía: *Las confesiones de un pequeño filósofo*.

"Relato que alguien hace de su propia vida para explicarla a los demás. *Confesiones* de San Agustín, Rousseau". Así reza el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE) en la acepción quinta del vocablo *confesiones*. Y es lo que hace Azorín, autor y personaje, contarnos su vida de "hombre vulgar" que reflexiona sobre los sucesos, personas, lugares y objetos que impresionaron su sensibilidad, y quedaron anclados en su recuerdo. El escritor evoca su vida de niño y adolescente, e hilvana su biografía con retazos de su vida: "yo tomaré entre mis recuerdos algunas notas vivaces e inconexas –como lo es la realidad– y con ellas saldré del grave aprieto en que me han colocado mis amigos, y pintaré mejor mi carácter, que no con una odiosa ringla de fechas y títulos" (p.17).

ACTAS XXXIII (AEPE). Concepción GALÁN VICEDO. Azorín: El escritor y la circunstancia
Centro Virtual Cervantes

Desde el otero de su inicial madurez personal y literaria –tiene treinta y un años–, el alicantino de Monóvar, que reside en Madrid por impulso de su vocación literaria y política, escribe este libro, animado por sus amigos, en lugar de un programa para presentarse a las elecciones de diputado. Y es que nuestro poeta de la realidad cotidiana, el sensitivo recreador y amante de los pequeños objetos que embellecen la existencia: "una cajita de plata de fino y oloroso polvo de tabaco, un sombrero grande de copa y un paraguas de seda con recia armadura de ballena" (p.15), comparte su vocación literaria con la política. En él se da, pues, ese rasgo fundamental del valenciano que atribuiría a su paisano el poeta renacentista Ausiàs March: la armonía entre el ensueño creador y la practicidad. Elzear –con su nombre semita lo nombra emocionado Azorín– aúna su labor de creación con su trabajo como agricultor eficiente e innovador. En su libro *Valencia* traza este evocador cuadro, en el que combina la descripción del lugar donde transcurre su existencia –la circunstancia– con el modo de ser del personaje -el yo:

> *"Cerca de Gandía, en el lugar de Beniarjó, el poeta tiene sus posesiones magníficas. Un poeta puede entregarse al ensueño creador y ser al mismo tiempo un hombre práctico. Error craso es el que alienta el vulgo respecto a los poetas. Se cree que son inadecuados para la acción, para los brujuleos de la política, para los enredijos provechosos de los negocios, y es lo cierto que nadie es más realista que un idealista. Por contraste con el celaje de la ilusión se siente más fuertemente la dura piedra de la realidad y esto es lo que sucede a Auzias. Ningún agricultor más atento, y vigilante, y emprendedor que él. En su predio rústico ha plantado la caña de azúcar y ha trazado bellas obras de irrigación. Aún perduran vestigios de esas obras. Elzear, valenciano neto, nacido en Gandía, casa lo fantástico con lo práctico. Y ese es el rasgo fundamental del valenciano"*[1].

Y esa combinación de practicidad y ensueño, mirada interior al mundo de los sentimientos en la creación literaria y atención a

(1) Azorín: *Valencia*. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid, 1995; pp. 98-99.

ACTAS XXXIII (AEPE). Concepción GALÁN VICEDO. Azorín: El escritor y la circunstancia
Centro Virtual Cervantes

la realidad cotidiana, que él atribuye al clásico valenciano, es semejante a la que mueve a Azorín en su doble vocación literaria y política: "Elzear escribe unos poemas en que no hay más que espíritu y sentimiento. El deseo y el recuerdo son temas dominantes en la lírica de March"[2]. El sinfronismo, esa "coincidencia de sentido, de módulo, de estilo entre hombres y circunstancias desparramadas por todos los tiempos", de la que nos habló Ortega y Gasset[3], ese reforzamiento de nuestra propia personalidad y sensibilidad al vernos reflejados en otro espíritu afín que nos precedió o que encontramos en nuestra vida, lleva a Azorín a identificarse con Auzias –así lo escribe; observemos también la coincidencia fonética de sus nombres–. Dos hombres de delicado y fino espíritu: el poeta renacentista, nacido hace seiscientos años cerca de Gandía, labrador de huertos y sentimientos, y el narrador de Monóvar, periodista y político de vocación y orfebre de la lengua española.

Azorín ya de niño sueña con ser diputado, y tanto es así que su primera obra literaria es un pequeño discurso que lee, a los ocho años, en su colegio escolapio de Yecla. De este modo lo evoca en el capítulo XVI: "Mi primera obra literaria", triste por no haber realizado su deseo:

> *"Y yo cuando paso por delante del Congreso, bajo la cabeza tristemente y pienso en esta doble paradoja de mi vida: en haber comenzado haciendo un discurso a los ocho años, para acabar siendo un pobre hombre que no ha logrado un acta de diputado"* (p. 56).

Pero la suerte está echada, y la balanza se inclina definitivamente hacia lo literario. El sueño infantil y la pasión juvenil por la política se realizarán, cuando de la mano de D. Antonio Maura llegue Azorín al Congreso. De hecho *Las confesiones* están dedicadas: "A Don Antonio Maura. A quien debe el autor de este libro el haberse sentado en el Congreso: deseo de mocedad". Mas su interés por la actividad parlamentaria y la acción política no es, sino la capa superficial de esa agua profunda que es su recreación poética

(2) Ob. cit. ant.

(3) José Ortega y Gasset: "Primores de lo vulgar", en *Ensayos sobre la "Generación del 98" y otros escritores españoles contemporáneos*. Revista de Occidente. Alianza Editorial. Madrid, 1981; pp. 211-254.

ACTAS XXXIII (AEPE). Concepción GALÁN VICEDO. Azorín: El escritor y la circunstancia
Centro Virtual Cervantes

de la realidad cotidiana. Lo que subyace y persiste es su visión enamorada de las cosas, lugares y personas que impresionaron su sensibilidad. Por ello, Azorín no recuerda de que trataba aquel discurso infantil, pero sí las circunstancias que lo enmarcaron: el lugar y el paisaje de fondo, y también a los buenos escolapios que benévolamente le escucharon, y en particular al que le dedicó frases de elogio:

> *"Sí; recuerdo que fué en el largo corredor, con mesas de mármol corridas, con sus ventanales que daban a la huerta ornada de parrales y por la que se veía cerca una redonda higuera verdeja. Y ya no puedo recordar, por más esfuerzos que hago, lo que decía en mi pequeña alocución; cuando la acabo de leer los buenos escolapios que presiden la mesa callan gravemente, y –cosa rara, es decir, no, no, cosa muy natural– sí que tengo por muy vivo, muy presente, muy entero, el gesto benévolo y las frases lisonjeras de uno de ellos..."* (p. 56).

No es de extrañar, pues, que sus propios amigos, llegado el momento de entrar en política, valorando su sensibilidad literaria y las cualidades de su espíritu por encima de los afanes políticos, le animen a escribir un libro, en lugar del programa de diputado. Así nos lo confiesa el mismo Azorín recreando su consejo:

> *"Si has de escribir un programa –le hemos dicho–, preferible es que escribas un libro; podrás decir en forma artística, en el libro, lo que tendrías que exponer en tono dogmático y abstracto en el programa. Además has de considerar que en el Parlamento se respira una atmósfera artificiosa; desde allí no se ven las cosas como las ve el hombre que vive apoyado en la mancera, o mueve las premideras del telar o golpea el hierro sobre el yunque... nosotros no queremos despojarte de una ilusión; pero tendríamos más gusto en leer unas páginas libres, salidas de tu mano, que en verte andar estérilmente por los pasillos, o voceando como un hombre vulgar en el hemiciclo. No tienes tampoco dotes oratorias; tu palabra es sencilla y tranquila. La cultura que posees no es la de los tra-*

ACTAS XXXIII (AEPE). Concepción GALÁN VICEDO. Azorín: El escritor y la circunstancia
Centro Virtual Cervantes

tados generales y libros fácilmente accesibles a las medianías ilustradas. Cuando razonas, te gusta sentir el propio impulso, y no sacrificarás, en aras de las conveniencias políticas o de los prejuicios de la muchedumbre, ni un átomo de las deducciones que creas justas..."

Estas palabras son, amén del sentir de sus buenos amigos, una autorreflexión sobre su manera de ser y entender la vida y la literatura: desde la sencilla cotidianeidad del hombre que labora a ras de la realidad y realiza enamorado su tarea. Porque Azorín es el poeta de las pequeñas cosas que nos acompañan en el vivir, y que atesora nuestro corazón llenándolo de sensaciones placenteras como las de esas alcarrazas o jarras "y los cántaros, llenos de fresca agua, que van rezumando gotas cristalinas", y traen al espíritu una sensación de alegría y reposo (p. 11). Su lugar no está en el Parlamento, sino en la biblioteca, donde irá destilando sus reflexiones al amor de los antiguos libros, y con una ventana o balcón para que su mirada escape al paisaje. Su palabra es sencilla y tranquila, y su pensamiento, como el de sus compañeros del 98: Baroja, Unamuno o Machado. No se subyuga a las conveniencias de la política, sino que proclama su verdad y defiende la justicia con la libertad e independencia del intelectual fiel a sí mismo.

"Y éste es el libro que ha escrito Antonio Azorín, en lugar de un programa político": *Las confesiones de pequeño filósofo*. Libro que se genera a partir de los cinco capítulos que había publicado en 1903, en la revista *Alma española* bajo el título de "Juventud triunfante", pero que no se editará como tal hasta abril de 1904. De él dirá Ángel Cruz: "Y de ahí que nos refiera su infancia y adolescencia, no a la manera biográfica corriente, sino con delicadeza y emoción, que hicieron de este tomito breviario de la juventud y llamada de atención a los maestros"[4]. Porque Azorín no hace un relato minucioso de los hechos, sino que recoge aquellas vivencias que impresionaron su sensibilidad, y fueron configurando su modo de ser y sentir. Su deseo es "lograr que caiga sobre el papel, y el lector la reciba, una sensación ondulante, flexible, ingenua de mi vida pasada", y para ello –sigue diciendo– "yo tomaré entre mis recuer-

(4) Azorín: *Obras completas*. Tomo I. Introducción, notas preliminares, bibliografía y ordenación por Ángel Cruz Rueda. Ed. Aguilar. Madrid, 1975.

ACTAS XXXIII (AEPE). Concepción GALÁN VICEDO. Azorín: El escritor y la circunstancia
Centro Virtual Cervantes

dos algunas notas vivaces e inconexas como lo es la realidad–, y con ellas saldré del grave aprieto en que me han colocado mis amigos, y pintaré mejor mi carácter que con una odiosa ringla de fechas y títulos" (p. 17). Biografía construida, pues, con retazos de la vida, con aquello que emociona, hiere nuestra sensibilidad y deja huella. De ahí su acogida a principios de siglo, y el eco que todavía hoy encuentra en nuestros estudiantes universitarios. Porque la emoción pervive en la sencillez de su palabra, y el sentir y la sensibilidad de lo vivido alcanzan en su prosa la estética del arte. Pues el mundo azoriniano es un mundo de sentimientos y de sensaciones: el amor, la ternura, la emoción, la alegría, la nostalgia o la ansiedad... envuelven a las personas, a los animales, a los lugares y a los objetos con su emocionado sentir, y las impresiones visuales, sonoras, olfativas y táctiles llenan de sensorialidad sus descripciones. Visión sensible y sensitiva, de los seres y de las cosas que le acompañaron en su devenir temporal. Es posiblemente esa visión de las pequeñas cosas, vividas como entidades sentimentales y la identidad de espíritu con esos hombres y mujeres que le precedieron o le acompañaron en su existir –el sinfronismo orteguiano–, lo que dota su obra de intemporalidad y permanencia.

Su contemporáneo Ortega se sintió cautivado por la literatura de Azorín, y recientemente otro gran escritor hispanoamericano, el peruano Vargas Llosa, le rindió un emocionado homenaje en su discurso de ingreso en la Real Academia Española. "Primores de lo vulgar" es el título del artículo de Ortega, publicado en Junio de 1916, y "Las discretas ficciones de Azorín", el del discurso del Nobel hispano, leído en la Academia el 15 de Enero de 1996. Ochenta años median entre el eco azoriniano en uno y otro espíritu.

Y es que ambos se sintieron cautivados –yo diría– por esa visión cordial y ensoñadora que Azorín proyecta sobre lo que escribe. La ternura y la nostalgia, emociones tornasoladas para Ortega, se reflejan en las pinceladas azorinianas de sus cuadros. Porque lo que realmente nos llega y emociona, son las pequeñas cosas de la vida que hacen palpitar nuestro corazón: los recuerdos de las personas, los lugares que impresionaron la sensibilidad de nuestra retina, los ambientes que aspiramos, la calidez de los objetos. Tal vez lo que nos gusta evocar de nuestra vida pasada, es esa melodía de sensaciones y sentimientos gratos, ahora embellecidos por el halo del recuerdo. Y es esa visión emocionada de lo vivido, lo que

ACTAS XXXIII (AEPE). Concepción GALÁN VICEDO. Azorín: El escritor y la circunstancia
Centro Virtual Cervantes

nos trasciende e irradia a otros espíritus, esa capacidad de expresar a través de las palabras "esa honda palpitación del espíritu en contacto con el mundo" de la que habló Antonio Machado. Así, desde la lejana y cálida tierra de Piura, por la magia de la literatura, el adolescente Mario viajará por *La ruta del Quijote*: "Y de la mano de su prosa menuda y morosa viajé con él, en los albores del siglo por los grandes descampados de cielo inmóvil y las aldeas intemporales de Castilla siguiendo el itinerario que la imaginación de Cervantes fraguó para el Caballero de la Triste Figura". La admiración por Azorín sigue viva en él, a pesar de sus diferentes maneras de ver la vida y la literatura; sus libros son como amuletos que lo acompañan en todos sus viajes: "Me estimulan y emocionan siempre" y "de tanto asomarme a través de ellos, lo que hizo y lo que fue, he llegado a sentir... que formo parte de su círculo privado y a considerarlo un grande amigo, uno de esos cuya aprobación quisieramos desesperadamente alcanzar para todo lo que escribimos". Este es el final de su discurso: "No sé dónde estará ahora, pero si está en alguna parte, me gustaría que aproveche esta solemne ocasión de mi ingreso en la Real Academia, para nada más entrar en esta casa, que fue la suya, rendirle homenaje" (5).

Por esas casualidades del destino que parecen enlazar a los personajes en el tiempo, Ortega, desde su atalaya del Escorial, rememora al maestro Azorín, mientras prepara su viaje a América: "Es un día de junio, claro como una niñez. La luz pura y esencial liberta a todo su gravamen y el monasterio granítico y la sima berroqueña parecen flotar ingrávidos en el éter luminoso". Alguien llega y le da un libro a Azorín. Se titula *Un pueblecito*.¡Qué contraste! Veámoslo en esta hermosa y clásica reflexión de Ortega:

> *"Nada más opuesto a América que un libro de Azorín. La palabra América repercutiendo en las cavidades de nuestra alma, serena promesa de innovación, de futuro, de más allá. Para los que amamos la obra de Azorín oír su nombre equivale, en cambio, a recibir una invitación para deslizar la mano una vez más sobre el lomo del pasado como sobre un terciopelo milenario.*

(5) Mario Vargas Llosa: "Las discretas ficciones de Azorín". Discurso de ingreso en la Real Academia Española (15 Enero 1996). *ABC*, martes 16-1-96; pp. 52-56.

ACTAS XXXIII (AEPE). Concepción GALÁN VICEDO. Azorín: El escritor y la circunstancia
Centro Virtual Cervantes

> *En tanto, pues, que mi alma orienta su proa hacia América, que es el porvenir, meditamos un poco a este poeta del pasado. ¡Pasado, porvenir! Ya he dicho que para mí la vida no tiene sentido sino es como una aspiración de no renunciar a nada"*[6].

España y América, Ortega y Vargas Llosa, pasado y presente literarios, evocando admiradamente al maestro Azorín, que hizo "primores de lo vulgar" y elevó sus "discretas ficciones" a la intemporalidad de las creaciones artísticas. Hoy sigue emocionando a las nuevas generaciones esa visión cordial de las personas, objetos y lugares que circunstancian y enmarcan nuestra subjetividad de seres en el tiempo.

Pero volvamos a su época, y recojamos la opinión de los críticos contemporáneos sobre *Las confesiones*.

"Pocos saben admirar como este pequeño filósofo la poesía íntima y familiar del detalle", decía Gómez de Baquero en la *Revista Literaria* de *El imparcial*, descubriéndonos una de las esencias del arte azoriniano: elevar lo circunstancial, lo sencillo e intrascendente, a la categoría artística por mor de su mirada y palabra, en las que emoción, ternura y sensibilidad se aúnan para rescatar del olvido del tiempo sus recuerdos y vivencias infantiles.

"Azorín, niño, presentado por este libro a que me refiero, es tan interesante, en cuanto a muchacho, como David o Trotwood Copperfield, como Oliverio Twist..., como el mismo Jack en sus primeros años", afirmaba Francisco Navarro Ledesma. Y es que los críticos, que no son –o no debieran ser– más que lectores avezados que aún no han perdido, como aquí sucede, su mirada ingenua, se sienten identificados con el niño que fueron o que soñaron ser, leyendo las aventuras de estos protagonistas infantiles, a los que Antonio Azorín se une por la emoción con que transmite esos retazos de su infancia que, impresionan y marcaron su personalidad de niño.

El escritor canario José Betancourt, conocido por el seudónimo Ángel Guerra, escribía en la revista *La lectura*: "ese amable

(6) José Ortega y Gasset: ob. cit.

ACTAS XXXIII (AEPE). Concepción GALÁN VICEDO. Azorín: El escritor y la circunstancia
Centro Virtual Cervantes

filósofo que ha dado en la flor de contar con pintoresco estilo... la génesis de su actual estado de espíritu y la lenta formación de su carácter, a lo largo de unos cuantos años de su existencia". Para el crítico, las claves de esta obra son: la reflexión amable sobre las vivencias que determinaron su modo de ser y el estilo de la narración que califica, no muy acertadamente, de pintoresco.

También el dramaturgo Gregorio Martínez Sierra –no sabemos si de "motu propio" o bajo la pluma de la autora de sus obras, su mujer María Lejárraga– destacaría el elemento singularizador de la creación azoriniana: "La sugestión peculiarísima de los libros en que "Antonio Azorín" nos dice su vida consiste, para mí, sobre todo, en la manera, en el estilo".

Las citas anteriores, que recoge en su Introducción a las *Obras Completas*, su biógrafo Ángel Cruz Rueda, preceden a ésta su propia opinión sobre *Las confesiones*: "Y de ahí que nos refiera su infancia y adolescencia, no a la manera biográfica corriente, sino con delicadeza y emoción, que hicieron de este tomito breviario de juventud y llamada de atención a los maestros".

Así pues, desde su inicial madurez personal y literaria –tiene treinta y un años cuando publica *Las confesiones*–, pasados ya su rebeldía y furor iniciales de joven iconoclasta y anárquico, y tal como lo presintió Clarín en sus *Paliques*: "Pasará el sarampión, que acaso es salud, y quedará un escritor original, independiente", escribe esta obra en la que evoca los recuerdos que impresionaron su sensibilidad de niño, y que irían sedimentándose en su espíritu para configurar su personalidad de adulto.

Puesto que el hombre es el resultado de la interacción del yo y la circunstancia en la visión orteguiana, Azorín, el filósofo escritor de la realidad cotidiana y de los seres que la pueblan, regresa a su Monóvar natal, y desde la pequeña biblioteca del Collado de las Salinas, sentado ante su mesa, junto a los libros de sus amados autores: Cervantes, Garcilaso, Gracián, Montaigne, Leopardi, Mariana, Vives, Taine, La Fontaine..., evoca su vida de niño y adolescente, en una noche plácida y solemne de verano sintiendo el aullido plañidero y persistente de un perro, y contemplando el titileo misterioso de una estrella en la inmensidad infinita.

ACTAS XXXIII (AEPE). Concepción GALÁN VICEDO. Azorín: El escritor y la circunstancia
Centro Virtual Cervantes

...Y LA CIRCUNSTANCIA

El yo y la circunstancia, el individuo y su entorno vital son realidades interdependientes. El filósofo Ortega con su "yo soy yo y mi circunstancia" nos descubre la relación entre el individuo y lo circundante, entre el yo pensante y las otras realidades que se definen en la contemplación personal. Mas esa contemplación está vinculada al mundo intelectual del espectador y a su punto de vista o enfoque, a su perspectiva. La situación del espectador no se entiende como limitada a su ubicación espacial; no se trata simplemente de una perspectiva visual, sino de una contemplación más íntima, de una recreación intelectual profunda del yo total del espectador. Observa Julián Marías que "un cazador, un agricultor y un pintor percibirían el mismo campo de manera totalmente distinta". "Mi perspectiva –leemos a José A. Freijoo, de quien procede la cita anterior y algunas de las ideas recreadas– no se define solamente por coordenadas espacio-temporales, sino por ingredientes más profundos como la inteligencia, la imaginación, la valoración y el deseo"[7]. Esa destilación de lo vivido por el yo en relación con las circunstancias que enmarcan y a la vez determinan nuestro modo de ser, que es un pensar y un sentir vinculado al tiempo, al espacio, a las personas, a los seres y a los objetos que nos acompañan en nuestro existir, es lo que Azorín sencilla, sensible y sensitivamente nos va describiendo en el relato de sus vivencias iniciales. La narración construida con una serie de cuadros enmarcados en la estructura del capítulo, a modo de "viñetas literarias" según Ortega, nos va ofreciendo esa selección de recuerdos vitales, que constituyen *Las confesiones de un pequeño filósofo*.

Y como manifestación evidente de la vinculación de Azorín a su circunstancia: su "Dónde escribí este libro", preámbulo con el que abre la segunda edición de sus *Confesiones*. El escritor siente la necesidad de informar a sus lectores acerca del lugar donde surge su escritura: "en una casa del campo alicantino castizo", el montañoso del interior con sus castillos y nombres de piedra: Petrel, Sax, y pinos olorosos: Pinoso, que, a su vez, ubica en el paisaje:

(7) José A. Freijoo: "Ortega". Boletín *ICODLFLC*, nº 66. Junio, 1995; pp. 3-6.

ACTAS XXXIII (AEPE). Concepción GALÁN VICEDO. Azorín: El escritor y la circunstancia
Centro Virtual Cervantes

> "Su situación es al pie de un montaña; el monte está poblado de pinos olorosos y de hierbajos ratizos, tales como romero, espliego,eneldo, hinojo; entre estas matas aceradas y oscuras aparecen a trechos las corolas azules o rosadas de las campanillas silvestres, o la corona nívea, con su botón de oro, que nos muestra la matricaria; peñas abruptas, lisas, se destacan sobre un cielo límpido, de añil intenso, y en los hondos y silenciosos barrancos, escondiendo sus raices en la humedad, extienden su follaje tupido, redondo, las buenas higueras o los fuertes nogales. Y luego, en la tierra llana, aparece una sucesión, un ensamblaje de viñedos y de tierras paniegas, en piezas cuadradas o alongadas, en agudos cornijales o paratas represadas por un ribazo. Los almendros mezclan su fronda verde a la fronda adusta y cenicienta de los olivos." (pp. 9-10)

Azorín nos ha prestado sus ojos para ofrecernos su visión del paisaje alicantino. Las sensaciones que nos transmite a través de la adjetivación son fundamentalmente visuales: color y forma, aunque no falta la valoración afectiva y humanizadora en "esas" buenas higueras" o en "la fronda adusta". El adjetivo, clave en la descripción azoriniana, le permite mostrarnos las cualidades de las cosas y los seres. El calificativo es el cómo de cualidad de los nombres. Actúa a modo de circunstancial anexo al nombre, al que dota de materialidad sensitiva o valorativa. El adjetivo circunstancia la realidad del sustantivo aportándole los matices de la cualidad. Si el verbo se complementa con los circunstanciales para expresar la situación en el tiempo, el espacio, el modo, el instrumento o la materia, es decir, lo circunstancial a la acción que representa, el adjetivo encarna la minuciosidad, el detalle, la cualidad añadida, el recreo en la contemplación de los matices circunstanciales de la realidad representada por los nombres. De ahí el amor del escritor por el detalle, lo accidental, lo accesorio, si podemos llamar así a lo que en Azorín embellece la cotidianeidad del vivir: la visión pausada que hace del adjetivo recreo del nombre en el estilo del autor y licoroso paladeo del lector sensitivo.

Su prosa es el reflejo verbal de su propia filosofía: la de lo menudo, lo cotidiano, lo familiar. Ortega calificó su escritura de

ACTAS XXXIII (AEPE). Concepción GALÁN VICEDO. Azorín: El escritor y la circunstancia
Centro Virtual Cervantes

"primores de lo vulgar" y Vargas Llosa lo considera un orfebre de nuestra literatura por "su prosa menuda y morosa". Y yo añadiría a su interés por lo accesorio y a su minuciosidad descriptiva, una visión ordenada de lo que nos describe, en la que cada cosa tiene su lugar en ese espacio visual. En sus cuadros plásticos todo está ordenado, minuciosamente situado mediante las preposiciones que introducen y significan los matices de lugar: "al pie de una montaña", "entre matas", "sobre un cielo límpido", "en los hondos y silenciosos barrancos"... Así, en medio de la fronda verde y cenicienta de los almendros y olivos: "Entre unos y otros se esconde la casa. Cuando penetramos en ella, vemos que su zaguán es espacioso, claro; está empedrado de pequeños guijarros; a la izquierda se divisa la cocina y a la derecha el cantarero o zafariche." (p.10). El escritor avanza cámara en mano, y va precisando al lector cada uno de los enfoques: "a la derecha", "a la izquierda". Siente la necesidad de ubicar en el espacio cada estancia, cada objeto, y ofrecernos una descripción pormenorizada y ordenada: "Vayamos por partes", nos dirá al hablarnos de los objetos que pueblan la casa, y más adelante nos pedirá que recreemos nuestra mirada en unas perdices que picotean sus cajoncitos llenos de trigo. "Observémoslas y después pasemos a la cocina" (p.11). El dónde responde al deseo de situar cada cosa en su espacio vital, y enmarcarla en su circunstancia, para que el espectador la vea intelectualmente tal como se encuentra en la realidad. El escritor intenta aproximar al lector a su propia perspectiva visual haciendo coincidir las dos miradas.

A la idea del espacio añade Azorín la del tiempo. El cuándo intenta fijar las realidades vividas por el yo en la coordenada del devenir. Al autor le gusta hacer partícipe al lector de las circunstancias en las que escribe: "Lector: yo emborrono estas páginas en la pequeña biblioteca del Collado de Salinas. Es medianoche" (p. 15). Siente la necesidad de precisar el momento del día en que realiza cualquier acción. Él mismo se interroga al inicio del capítulo IV "La alegría": "¿Cuándo jugaba yo?" y responde: "Era por la noche, después de cenar." (p.23). Y esa necesidad se manifiesta en su estilo por una presencia constante de las subordinadas temporales, de los adverbios de tiempo y de los sintagmas nominales o preposicionales que indican la temporalidad: cuando, entonces o luego, el momento del día e incluso la hora concreta se reiteran una y otra vez en cada capítulo y página:

ACTAS XXXIII (AEPE). Concepción GALÁN VICEDO. Azorín: El escritor y la circunstancia
Centro Virtual Cervantes

> "Todos los días, a una hora fija, se sentaba en el jardín del casino, un poco triste, un poco cansado, luego tocaba un pequeño silbo. Y entonces ocurría una cosa insólita..."
>
> "El solitario", cap. V, p. 25.

> "Muchas veces, cuando yo volvía a casa –una hora, media hora después de haber cenado todos, se me amonestaba porque volvía tarde."
>
> "Es ya tarde", cap. VI, p. 27.

> "Cuando los pámpanos se iban haciendo amarillos y llegaban los crepúsculos grises del otoño, entonces yo me ponía más triste que nunca, porque sabía que era llegada la hora de ir al colegio. La primera vez que hice este viaje fue a los ocho años...
>
> Y cuando se acercaba este día luctuoso, yo veía que repasaban y planchaban... Y luego la vispera de la partida, bajaban de las falsas un cofre forrado de piel cerdosa... De Monóvar a Yecla hay seis u ocho horas; salíamos al romper el alba; llegábamos a prima tarde...
>
> Y entonces se apoderaba de mí una angustia indecible..."
>
> "Camino del colegio", cap. VII, p. 29.

Es, tal vez, el deseo de aprehender el tiempo huidizo que se esfuma y lo desdibuja todo en una realidad evanescente, lo que Azorín trata de evitar con esa constante alusión al instante, a la hora, a la estación, a los años y los siglos que van borrando la memoria de los hombres, y van sepultando sus ciudades y el recuerdo de quienes las habitaron como los de esa misteriosa Elo:

> "No se sabe a punto fijo, a pesar de las misteriosas investigaciones de los eruditos, qué pueblos o qué razas vinieron en la sucesión de los tiempos –ocho, diez o quince siglos antes de la era cristiana– a fundirse con esta ciudad soberbia y extraña". p. 54.

Esa obsesión por fijar en los circunstanciales de la lengua el tiempo vivido por el yo, el momento unido a la acción, a la contem-

ACTAS XXXIII (AEPE). Concepción GALÁN VICEDO. Azorín: El escritor y la circunstancia
Centro Virtual Cervantes

plación o al sentimiento que suscitan en nosotros los lugares donde estamos, los seres que los habitan, las personas que nos acompañan o nos precedieron y los objetos y enseres de nuestra cotidianeidad, es más que el deseo de conjurar ese "ya es tarde" que Azorín considera la idea fundamental de su vida. Si el tiempo, como él confiesa, sobra en esos pueblos donde hay "ratos interminables, en que no se sabe qué hacer ", por qué esa contabilidad que le lleva a "desgranar uno a uno los instantes en estos pueblos estáticos y grises" (p. 27). ¿Es tal vez la manifestación estilística de una ansiedad causada por sus mayores, imbuidos por la idea cristiana de que la ociosidad es un pecado a evitar con el trabajo constante, que debe hacer fructífero cada momento de la vida humana? El tiempo fluye y se nos escapa sin darle nuestra impronta y sentido. Por eso hay que aprehenderlo y dejarlo anclado en los circunstanciales de la lengua, para que haya constancia de cada instante de nuestro devenir, de esas circunstancias en las que el yo ha existido y se ha forjado.

Para Vargas Llosa, todo en la literatura de Azorín: su temática y más que nada su estilo, obedecen a la intención de conservar la vida y el mundo tal como son, de suspender el tiempo y evitar la muerte. Su originalidad como escritor, "ese agregado de la invención y la sensibilidad a la experiencia del mundo, reposa en su caso en el tiempo. El tiempo azoriniano –sigue el peruano– es una sustancia quieta y visible, en la que los seres y las cosas parecen atajados". "La suya es una literatura de cámara lenta, de narración despaciosa y a punto de congelarse". Y su prosa, "tan elegante, tan cuidada, de precisión maniática y respirar simétrico, que de leve y discreta parece estar escrita en puntas de pie". "Su hazaña de escritor consistió, gracias a la pureza de su prosa y a la microscópica agudeza de su visión", en elevar lo cotidiano de su entorno a la categoría intemporal de lo artístico[8].

De Azorín también podemos afirmar que practica el arte de la sugerencia; despierta nuestros sentidos a través de sensaciones de sonido, color, aroma y tacto, al mismo tiempo que nos introduce en el mundo de los sentimientos. Su visión es, pues, sensitiva y sensible, afectiva y llena de ternura. Se emociona ante lo pequeño

(8) Ob. cit. de Vargas Llosa.

ACTAS XXXIII (AEPE). Concepción GALÁN VICEDO. Azorín: El escritor y la circunstancia
Centro Virtual Cervantes

y lo sencillo recreándolo con sensibilidad estética. Al Azorín, delicado y humanísimo escritor, como a su contemporáneo Ortega, sólo le interesan las cosas como entidades sentimentales, la visión cordial de las personas, los seres, objetos y sucesos de cada día, su entorno, lo que es y lo que ha sido. Su arte es revivirlo: un libro viejo, un cuadro antiguo, una persona fenecida, un escritor clásico.

No es banal el dónde, ni el cuándo: el hombre es un ser de tiempo y espacio, anclado a un espacio en el devenir del tiempo; una luz que alumbra brevemente una pequeñísima porción de ese espacio infinito. Y en ese tiempo fugaz de la existencia se vincula sensitiva y afectivamente a lo que le acompaña en su vivir. Posiblemente los seres humanos construimos nuestras estructuras de pensamiento sobre la realidad circundante a partir de un yo que piensa ¿quién? y realiza o contempla la trayectoria vital ¿qué?, en un lapso de la historia humana ¿cuándo?, desde su circunstancia y lugar ¿dónde?, a través de su cultura y modo de vida ¿cómo?, con unos compañeros de viaje ¿con quienes?, buscando razones ¿por qué? y un fin ¿para qué?

En este lapsus existencial pensamos, y algunos escribimos. La escritura es, para Ortega, "el ademán con que lo más íntimo de nuestra persona responde a lo circundante, a lo que es para nosotros la vida en este lugar y día". Azorín en "sus discretas ficciones" eligió lo pequeño, lo sencillo, sus seres y realidades cordiales, sus gentes y paisajes cotidianos. Pensando despaciosamente cada frase, escogiendo una a una las palabras y buscando su lugar en las oraciones, puntuando cuidadosamente su discurso, recreó una lengua, el castellano, en la que descubrió la urdimbre y el color: el tiempo y la abundancia de vocablos.

---

* El resto de las citas pertenecen al libro de Azorín: *Las confesiones de un pequeño filosófo*

ACTAS XXXIII (AEPE). Concepción GALÁN VICEDO. Azorín: El escritor y la circunstancia
Centro Virtual Cervantes